

—Debe de ser ella.

—¿Y ese cuatro de espadas le pertenece?

—Sí, señor, y si quiere usted creerme, no lo entregue usted sino á la misma dueña en persona, que probablemente vendrá á reclamárselo.

El inspector y el comerciante me escuchaban y miraban con extrañeza.

—Es fácil que usted sepa dónde se encuentran ese caballero y esa dama, he dicho al inspector.

—Lo ignoro de todo punto.

—¿Le parece á usted si estarán todavía en Bruselas?

—Puede que sí.

—¿No podría usted informarse? El nombre de esos viajeros es muy conocido. Además, una cantidad tan importante vale la pena.

—Dice usted bien. Voy á escribir al alcalde para que se informe.

—¿Quién ha encontrado la carta?

—Uno de los conductores.

—Pues que procure dar con esa dama, y recibirá una buena gratificación; pero de preferencia que se dirija á la dama y no al marido; éste es mucho menos generoso.

El inspector ha llamado á un individuo que iba de acá para allá por la estación, ayudando á transportar los equipajes, y le ha preguntado si era él quien había encontrado el cuatro de espadas.

—Sí, señor, ha respondido el interpelado.

—Pues al caballero, ha añadido el inspector designándome á mí, le parece que conoce á la persona que ha perdido ese naipe. Voy á darle á usted una carta para el alcalde, y por el hilo de las indicaciones que éste le dé á usted, vea de dar con el ovillo, quiero decir, con el interesado. Si éste se detiene en Bruselas, no sea sino cuarenta y ocho horas, el alcalde debe saber dónde está, pues todos los días le presentan la lista de los extranjeros que entran en la ciudad. Ea, como usted halle al propietario de ese naipe, se gana usted una buena propina.

El inspector ha dado una carta á aquel individuo, que inmediatamente se ha encaminado á la ciudad, y yo tras él con mi maleta, sin afectación, y rogándole únicamente que de hallar á la persona en busca de la cual iba á Bruselas, viniese á comunicármelo en la fonda de Europa,

donde yo me hospedaba. He dado á aquel sujeto otro nombre que el mío, para evitar toda torpeza de su parte, y ahora le estoy aguardando con la impaciencia que puedes figurarte. Yo podía haberle acompañado para estar más pronto al corriente; pero prefiero no exhibirme. Si el duque se ha llevado consigo á su mujer, es para que yo la pierda de vista, y si está aquí y él me encuentra, todo está perdido. Lo que conviene es que el duque crea que el plan le ha salido bien y que yo ignoro adónde se dirige. Si Anita ha podido asirse á un pretexto para quedarse en Bruselas, no habrá dejado de hacerlo para dar tiempo de reunirme á ella... El empleado de la estación no viene, y se acerca la hora del correo; así, pues, te envío la presente para comunicarte esta noticia, que me ha reanimado un poco y me ha proporcionado un reposo mayor que una noche de sueño. Salí tan apresuradamente de esa, que se me olvidaron muchas cosas de importancia, pero personales, entre otras el enviar á mi editor unas piezas de música que deberían ya obrar en su poder y por las cuales tiene que entregarme dinero. Hallarás las piezas que te digo, arrolladas sobre mi mesa; llévaselas al editor, cobra en mi nombre y guárdame el dinero hasta que pueda yo decirte de fijo adónde debes enviármelo, porque aun no sé á qué punto decirte que me escribas, ya que ignoro adónde me encamino.

Tu amigo un poco menos triste,

JAIME. >

XIX

Por más que fué preparado con el mayor sigilo y llevado á término con gran lujo de precauciones, el rapto de la duquesa, digámoslo así, había transpirado. No hacía aún cuarenta y ocho horas que partiera la amante de Jaime, cuando referentes á tal partida circulaban ya toda clase de rumores, echados á volar por los criados y por el portero, testigos inevitables de la violenta escena que había precedido al rapto, y que aquéllos contaron cada cual á su guisa. El suceso había ido tomando cuerpo y desfigurándose al pasar de boca en boca, las suposiciones convirtiéndose en realida-

des, y las probabilidades en hechos positivos. Era incalculable el número de versiones que corrían.

Yo estaba al acecho de cuanto se decía referente al caso, para informar á Jaime en la primera carta que le escribiría. Unos contaban que la duquesa se había fugado con su amante; otros, que habían sorprendido y reducido á prisión á la fugitiva pareja; éstos afirmaban que había ocurrido un duelo; aquéllos, que el marido se llevara narcotizada á su mujer, y no faltaba quien sostenía que la duquesa era la que se empeñara en partir para librarse de unas relaciones demasadamente onerosas, dando á esta última palabra todos los significados morales y materiales que puede tener. Y todo hubiese parado aquí; pero no, ya la gente en el resbaladizo terreno de la maledicencia, dióse también por cierto que Anita intentó envenenar á su marido, y que solicitada la intervención del procurador del rey, se había echado tierra al asunto á condición de que aquélla partiría; que la duquesa había entrado en un convento; que intentó asfixiarse, etc., etc., etc. En una palabra, maldecían de ella, la acusaban, la compadecían, la llenaban de improperios ó la justificaban, según. Conjugábanse á su intención todos los verbos de la compasión ó del desprecio; éstos más que aquéllos. Su amante era el conde tal, el marqués cual, el príncipe R., el barón Z., un joven, un viejo; era rubio, moreno, hermoso, feo; el duque le había matado en desafío, él matado al duque; era un gran señor, un artista. ¡Qué guirigay! ni aun estaban los murmuradores de acuerdo respecto de la mujer.

Ya se figurará el lector que Vladimiro no fué el último que tomó parte en aquel concierto. La calumnia andaba suelta, hasta que al cabo de tres días, y ya completamente gastada la noticia, dejaron de hablar de tal historia las gentes, historia que, por otra parte, no había tenido resonancia más que en cierta sociedad donde semejantes nuevas caen como cae una piedra en una charca, cuyas aguas, después de haber trazado algunos círculos, vuelven á su quietud primera. El público así apellidado, ni siquiera oyó hablar de ella. Noticias como las que digo parécense al fuego que se inicia en las chimeneas: los que lo descubren se apiñan, se interrogan y dan por seguro un incendio; poco á poco disminuye la claridad, á la llama sucede el humo, y todos, al ver que la cosa no pasa á mayores, se ale-

jan, y cuando cae sobre el tejado la última chispa, ya no hay quien lo vea. Igual pasó con la partida de la duquesa.

París es un tragaldabas que se alimenta de manjares más nutritivos; y, por otra parte, en aquel entonces le estaban ya preparando el guiso de la reforma electoral. Mejor para nuestros héroes; tanto, que al anunciar el *Monitor*, ocho días después, que el duque había salido de París, encargado de una comisión diplomática por el gobierno, apenas hubo dos ó tres personas que pusieran en cotejo las dos fases de aquella precipitada partida. Los más tomaron el anuncio del *Monitor* como un mentís á los rumores que circularan.

También Carlota había oído hablar de aquel lance, que de rebote ajaba las últimas ilusiones de su amor propio.

La antigua amante de Feuil vino á verme, escondiendo tras el interés de la amistad la verdadera causa de su visita.

—¿Qué me han dicho? exclamó Carlota con zozobra perfectamente fingida; ¿es verdad que Jaime ha tenido un duelo y le han herido? Por favor, tranquilíceme usted. En casa de mi amigo me han manifestado que éste estaba de viaje.

Tranalicé á Carlota, que no tardó en demostrar que estaba más enterada que no quería aparentarlo; y como, por mi parte, hubiera sido una torpeza negar en redondo la verdad de lo ocurrido, la puse al corriente de lo que podía saber, esto es, le dije que el duque había partido llevándose á su mujer, que Jaime había salido también, para algunos días, en la esperanza de ver por última vez á la duquesa, y que antes de una semana estaría de regreso en París. Carlota pareció quedar satisfecha de esta última noticia, me afirmó que llevaba mucho afecto á Jaime, y me rogó que de escribir yo á mi amigo, le dijera que podía contar con ella en todo y para todo. Todo lo cual era pura farsa.

Fuí á ver á la madre de Jaime, y la encontré un poco triste. Sin embargo, como la buena señora vivía muy retirada, no había llegado á su conocimiento ninguno de los rumores que cundieran respecto de su hijo. De lo que se quejaba aquélla, aunque sin acrimonia, era de que Jaime no le hubiese escrito, no de que hubiese emprendido aquel viaje inesperado.

Era indudable que si Feuil se había abstenido de mandar

carta á su madre, debíase á su temor de que el timbre del sobre revelase á qué distancia se encontraba ya de ella y le hiciese entrever una separación más larga que lo que él le dijera.

La señora de Feuil era madre en la mejor acepción de esta dulce palabra, y también la enteré, aunque atenuándola cuanto pude, de una parte de la verdad.

—¿Se trata de una mujer? profirió aquélla.

—Sí, señora, respondí.

—Jaime nunca me ha hablado abiertamente sobre el particular, pero yo sospeché algo. ¿A lo menos la ama?

—Así lo creo.

—¿La conoce usted?

—He estado en su casa repetidas veces.

—¿Luego mi hijo la ama mucho?

—Es mujer que lo merece.

—¿Quiere usted decir que no le hará cometer alguna majadería?

—No, señora.

—¿Ni le expondrá á peligro alguno?

—Nada tema usted.

—Dios lo quiera. La única autoridad que puedo ejercer sobre mi hijo es la de mi amor por él. Escríbale usted que piense en mí; que no olvide que si le sucediese alguna desgracia me moriría, y que me dará un gozo inefable escribiéndome á menudo.

Dijo con entonación tal estas palabras la señora de Feuil, que de poder oírlas Jaime, á pesar de la distancia y de su amor por la duquesa se habría puesto inmediatamente en camino para abrazar á su madre.

Es para mí el amor maternal, en la naturaleza, lo que para Rodas la colosal estatua de Apolo; ésta indicaba el puerto donde todas las naves encontraban abrigo; aquél señala el asilo donde todos los dolores hallan refugio. Impasible é inmutable, la estatua veía bullir á sus pies, sin que nunca llegasen á ella, las olas y las borrascas del mar, de la misma manera que el amor maternal ve levantarse, sin que nunca lleguen á su nivel, los amores más ardientes, que, comparados con él, no son más que pasiones. La única diferencia de nuestro símil está en que un día el coloso se derrumbó, porque era solamente obra sobrehumana de los hombres, en tanto que el amor de

madre es imperecedero, porque es la obra privilegiada de Dios.

Envié á Isabel las dos primeras cartas de Jaime, prometiéndole enviarle las demás que de mi amigo llegaran á mis manos si encerraban algún interés para ella, pues debía de ser grande su impaciencia por saber buenas noticias del viajero. En cuanto á mí, ya veía aquel viaje tras un prisma menos sombrío, gracias á la primera astucia de la duquesa, astucia cuyo buen éxito se debía únicamente al acaso, es cierto; pero poco importaba que el resultado reconociese esta ó la otra causa, con tal que se presentara. Interin, la Providencia parecía soltar prendas.

No tardé en recibir la tercera carta; estaba fechada en Aquisgram, y las palabras que la abrían rebosaban de satisfacción.

«De bien en mejor, decía la carta. Tengo ya noticias felices. El duque y su mujer no hicieron más que pasar por Bruselas, y, por lo tanto, el alcalde no pudo dar noticia alguna al mozo de la estación. No me desanimé por esto, y siguiendo mi inspiración, salí para Aquisgram, donde acabo de llegar. Desde el momento en que el duque se lleva consigo á su mujer, dije entre mí, debe poner la mayor distancia posible entre ella y yo; luego la línea que debe seguir es la del Norte, que es la más larga. Bien hice en pensar así. Ignoro si es la certidumbre que empiezo á tocar la que me pone en este estado, pero casi estoy alegre, y este viaje va perdiendo ya su cariz desesperante y sombrío. Las causas y los efectos se van simplificando gradualmente á mis ojos, y ya no veo nada extraordinario en los nuevos percances de mi existencia. Cónozco, sé que me voy acercando á Anita, y de ahí mi confianza. En una palabra, lo que ahora pasa, pasa todos los días; es frecuente ver á un marido que se lleva á su mujer, y á una mujer á quien sigue su amante, y si yo di más importancia al caso, fué por lo inesperado. Mal que le pese al duque, se verá constrañido á detenerse en alguna parte, que es donde yo lo encontraré. A doquiera vayan él y su mujer, puedo ir yo. Soy joven, robusto y libre, y, de consiguiente, no hay para qué desesperar. Anita me ama, estoy seguro de ello, y para verme atropellará por todo. Lo principal es que yo también la vea. Cuando imagino que á Dios le habría sido tan fácil matarla como hacerla partir; que si ella hubiese

muerto, ya no tendría remedio y mi dolor no hallaría consuelo; cuando imagino esto y me digo que ella vive, que podemos reunirnos, que piensa en mí y que quizá la vea yo mañana, ¿no podría tachárseme de ingrato para con Dios si desde lo más íntimo de mi corazón no le elevase un himno de gracias y no me hallase más dispuesto á alegrarme que á entristecerme? El amor del hombre es negocio de comparación; basta con tomar como tipo la medida más grande del dolor humano, para que veamos disminuir el nuestro tanto cuanto se separa del nivel tomado, al que nos parecía haber llegado al principio. De hacerlo así, sentimos que el consuelo nos va invadiendo poco á poco, de la misma manera que en el calor del verano vemos subir por el tubo de un termómetro el mercurio que el frío hacía permanecer en el fondo. Y esto es tan positivo, que cuando hace poco me han comunicado la noticia que yo á mi vez voy á transmitirte, me ha dado una risa nerviosa y he sentido ganas de cantar. Por un instante he olvidado la parte seria de este lance para no ver de él más que el lado cómico: un marido cuyas combinaciones van á verse desbaratadas por artes ocultas. Mi primera alegría ha estado en relación, en cuanto á intensidad, con mi última pesadumbre, y para continuar la comparación, añadiré que si antes estaba bajo cero, ahora un rayo de sol me ha hecho subir de improviso hasta diez sobre aquél. Hame parecido que, de repente, mi drama degeneraba en comedia. Prefiero este desenlace, al que me parece que llegaré con un poco de maña.

»—Ahora vamos á habérnoslas nosotros dos, señor duque, no he podido menos de decir entre mí al poner la mano en un punto de apoyo verdadero; y en presencia del individuo á quien debo tan afortunado incidente, me he acordado de la *Escuela de los maridos*, y poniéndome sobre aviso he pasado al estado de Clitandro, que se ríe de los obstáculos y confía á su talento los intereses de su corazón.

»Al grano. Hace una hora que, al salir de la estación, me disponía á buscar fonda donde pasar la noche, cuando un joven que llevaba la visera de la gorra derribada sobre los ojos, se ha acercado á mí después de haberlo hecho silenciosamente con los demás viajeros y examinádoslos atentamente, y una vez me ha conocido, al parecer, me ha rogado que le siguiese un poco aparte.

»—¿Es usted el señor de Feuil? me ha preguntado el desconocido.

»—Soy yo.

»—Esta carta es para usted.

»El individuo aquel me ha entregado un billete escrito con lápiz, doblado en cuatro y sin sobre ni sello; y como era ya de noche, me he acercado á un farol. ¿Cómo? ¿es posible? he dicho para mí, ¿carta de Anita?

»Ve lo que dice esa carta:

«Domingo, portador de la presente, me ha prometido que le buscaría á usted por todas partes, y como me es devoto, le encontrará á usted. No puedo escribirle á usted *in extenso*, pues espían todas mis acciones. Todavía no sé adónde me llevan, pero es casi seguro que nos detendremos en Hanóver. Hospédese usted en la fonda de la Unión. De allí no podemos ir más que á Berlín ó á Dresde; en el primer punto apéese usted en la fonda de Inglaterra, y en el segundo en la de Francia. Yo hallaré modo de permanecer dos días en cada una de las mencionadas ciudades, y no pasaré de la una ó de la otra, se lo juro á usted. En Sajonia y en Prusia los periódicos publican diariamente un estado nominal de los viajeros que llegan; de consiguiente, acuda usted á ellos para ponerse en antecedentes. Por mi parte, lograré entablar correspondencia con usted. Por favor, no deje usted de amarme. Soy muy desgraciada y estoy enferma. ¿Ha servido de algo el cuatro de espadas? Sólo pienso en usted. Perdóneme que haya partido; pero cuando usted lo sepa todo, verá que no me era posible obrar de otra manera. Animo; no pierda usted el tiempo; no me abandone, pues me moriría.»

»He leído y releído esta carta, que me ha infundido la alegría que puedes suponer. ¿Cómo se explica que palabras tan tristes sean parte á llenarnos de gozo?

»—¿Dónde se encuentra la persona que le ha entregado á usted este billete? pregunté al mensajero.

»—Ha partido para Colonia.

»—¿En qué fonda debe hospedarse?

»—Lo ignoro.

»—¿Va usted á reunirse con ella?

»—No, señor.

»—¿Adónde se dirige usted?

»—A París.

»—¿Cómo me ha conocido usted?

- »—Le había visto á usted en casa de la duquesa.
- »—¿Qué hacía usted en ella?
- »—Era el ayuda de cámara del duque, y le vi pasar á usted dos ó tres veces.
- »—Y ahora ¿qué hace usted?
- »—He perdido mi colocación.
- »—¿Le ha despedido á usted el duque?
- »—No, señor, yo le he dejado.
- »—¿Por qué?
- »—Para traerle á usted esta carta.
- »—¿Tanto apego tiene usted á la duquesa?
- »—¡Sufre tanto!
- »—Me ha prestado usted un favor indecible. ¿Qué puedo hacer por usted en pago?
- »—Nada, caballero.
- »—Sin embargo, ha perdido usted su colocación.
- »—La señora duquesa se ha encargado de todo; mi porvenir está asegurado.
- »—¿Por qué no regresa usted al lado de la duquesa? podría usted sernos útil.
- »—Después de mi desaparición, el duque recelaría de mí.
- »—Es verdad. ¿Salió usted de París con el duque y la duquesa?
- »—Sí, señor.
- »—¡Ah!
- »—Como el duque tenía en mí la más omnimoda confianza, pues me tomó de muy chiquitín á su servicio, yo he sido su único confidente en este asunto. Hasta ayer todo se lo he debido al duque.
- »Como la traición siempre repugna, aun á aquel que de la traición se aprovecha, yo he hecho un gesto desagradable.
- »—Comprendo, ha proferido el muchacho. A pesar de usted, se dice usted á sí mismo que he sido un ingrato para con el duque; pero no me ha sido posible obrar de otra suerte al oír á la señora duquesa dirigirme á mí, un criado, frases de ruego, al verla llorar, y al considerar que ha hecho por mí en pago de una hora de devoción lo que el duque nunca hubiera hecho por diez años de servicios; porque es menester que usted sepa, señor, que traigo en mi bolsillo dos mil duros que la duquesa me ha dado para que me establezca en París con Fanny, de quien sabe estoy enamorado.

»Cuando el ex ayuda de cámara del duque me ha dicho esto, he comprendido que de las lágrimas que Anita derramara, las que más habían enternecido á aquél eran las de oro; pero poco importaba, con tal que el resultado fuese el mismo. Con todo eso no he podido menos de decirle:

»—Ya que usted sabía cuáles eran los proyectos del duque, ¿por qué en vez de ayudarnos usted aquí, no nos advirtió usted en París? La duquesa se hubiera mostrado agradecida de la misma manera.

»—¡Ah! señor, la señora duquesa conocía mi devoción á mi amo, y recelaba de mí hasta el extremo de haber intentado varias veces despedirme. Sin embargo, por más que yo sabía los lazos que le ligaban á usted con ella, nunca la vendí, porque Fanny me había recomendado que fuese mudo y ciego, y porque mi gratitud para con el duque no llegaba hasta la delación. La señora duquesa quizá no habría dado crédito á mis palabras; además, yo no podía presumir que la escena que precedió á la partida fuese tan seria. ¡Pobre señora! ¿con qué energía se defendió! pero la resistencia era imposible. El señor duque estaba decidido á todo, y estoy seguro que, de no haber podido llevársela viva, se la hubiera llevado muerta.

»—¿Lo oyó usted todo?

»—No, señor; mi amo me hizo quedar en el comedor, con orden de no dejar entrar ni salir á persona alguna. El ruido del altercado sí lo oí, pero no lo que decían.

»Yo no me cansaba de escuchar á Domingo; por mí, le hubiera hecho hablar toda la noche. Sobre la partida del duque y su mujer, me ha dado aquél pormenores que yo no acertaba á explicarme; porque, decíame á mí mismo, ¿cómo se explica que habiendo partido de noche el duque, pudiese haber llegado á Bruselas, por la vía férrea, siendo así que no sale tren más que por la mañana? Era muy sencillo: se había hecho conducir en posta hasta veinticinco leguas, y luego ha aguardado la llegada del tren y subido á él. Lo que ahora voy á decirte te parecerá cuento, mas es la verdad que le acompañaban dos agentes de la fuerza pública, provistos de un auto, para auxiliarse en caso de que su mujer opusiese nueva resistencia. ¿Qué podía hacer Anita contra tales disposiciones? ¡Infeliz! En fin, he hecho subir á Domingo á la fonda desde donde te escribo, y no se ha separado de mí hasta el instante de la partida; y

es que la carta que el muchacho me trajera me había puesto tan gozoso, que me parecía que al hablar con él, que acababa de verla, lo hacía tanto cuanto con Anita; entre el criado y yo se han borrado las distancias; por espacio de una hora le he querido como á mi mejor amigo, y al despedirse de mí le he estrechado las manos y deseándole toda suerte de felicidades. Por poco le abrazo. Las distancias sólo las crea la mente; el corazón las olvida con frecuencia; el hombre que nos obliga, sea cuál fuere la clase á que pertenezca, se convierte en nuestro igual, si es que no nos supera. En una palabra, cuando Domingo se ha despedido de mí, casi se me han saltado las lágrimas. ¿Por qué? porque se ha llevado consigo una de las cosas que me son más caras en este momento, la posibilidad de hablar de Anita; pero en fin, me deja de Anita una huella palpable, una carta y una esperanza, casi una certidumbre de verla nuevamente. ¡Dios pague á ese hombre el bien que me ha hecho! Por lo demás, Domingo se ha alegrado en el alma, según parece, de haberme encontrado inmediatamente; si no hubiese dado conmigo en Aquisgram, habría ido á buscarme en Bruselas, y luego en París; en fin, como él prometiera á Anita, no se hubiera detenido hasta haber dado conmigo. Al despedirse de mí, me ha recomendado que me rodease de precauciones para que el duque no me conociese caso de encontrarme con él. Al efecto he empezado por hacerme quitar bigote y barba, con lo cual he quedado que ni yo mismo me conozco. Casi siento hambre, y pareceme que voy á dormir un poco; bien merecido me lo tengo. Mañana estaré en Colonia, desde donde te escribiré. Es más que probable que Domingo vaya á verte, cumpliendo con el encargo que le he dado. Hasta mañana.

»JAIME.»

«Colonia.

»Vas á asombrarte. Figúrate que me estoy riendo como un loco mientras te escribo la presente; y es que desde que puse los pies en Aquisgram no sé lo que me pasa: por dos ó tres veces me han dado tales arrebatos de alegría, que me habría echado á bailar de buena gana. De improviso se me subían del corazón al cerebro ráfagas de presentimientos alegres, de esperanzas color de rosa, al calor de las cuales todo mi ser se llenaba de bienestar y de confianza. El

tiempo está un poco frío, pero es hermoso, y he fraternizado con magníficos rayos de sol que, al iluminar mi camino, me lo hacen sentir más corto y menos penoso. Ya sabes que hablo un alemán de capricho, como todos los que lo han aprendido en el colegio; y esto ha despertado el buen humor de los primeros alemanes con quienes me he visto obligado á hablar. Nada hay que divierta tanto á esas buenas gentes como la incorrección de su idioma en boca de un extranjero. Se le rien á uno á las barbas, mientras se esfuerzan en comprenderle y obligarle. Sin embargo, al llegar á Colonia he preguntado por una fonda donde hablaran francés, pues para llevar adelante mis pesquisas necesito comprender y ser comprendido con toda claridad. El individuo que me ha informado me ha hecho subir á un carruaje que, por lo que he colegido, me ha hecho atravesar de un extremo al otro la ciudad para detenerse por fin á la puerta de la fonda de los Tres Reyes. El camarero que en ella me ha recibido, hame guiado en derechura á un comedor donde hay mesas negras, en torno de las cuales charlan, beben cerveza y fuman algunos individuos. Mientras les sirve, en medio de una nube de humo de tabaco que al parecer no la molesta, una hermosa joven está hablando con ellos. Más me parece que estoy en una posada que no en una fonda, pues brilla la mayor sencillez en cuanto me rodea. Tanto da. La joven que digo más arriba, se ha acercado á mí y me ha preguntado qué quería tomar, á lo cual le he respondido que para mí lo más conveniente sería que ante todo me sirvieran al camarero que habla francés. La muchacha se ha alejado de mí riéndose, y poco después se me ha presentado el camarero solicitado, que es un prusiano lo más original que imaginar se pueda: alto, seco, de cabellera áspera y revuelta, se parece como una gota de agua á otra gota, á un escobón. Tiene brillantes los ojos, irregulares los dientes, encarnada la punta de la nariz, la deada la cabeza, larguísimo el cuello, y no deja la risa. Viste chaqueta, chaleco y pantalones excesivamente cortos, calza zapatos sobradamente largos, lleva en el brazo izquierdo una servilleta de la que nunca hace uso, y habla un poco mejor el francés que yo el alemán, pero no mucho.

»—¿Ha preguntado usted por mí, caballero? me ha dicho el individuo ese.

»—Sí, ¿habla usted francés?

»—De corrido.

»—Pues hágame usted un favor.

»—Dos si usted desea.

»—Infórmese usted de si el duque tal ha pasado por Colonia de dos días á esta parte, y de si ha partido ya de la ciudad ó todavía continúa en ella. ¿Es posible lo que le pido á usted?

»—Todo es posible, caballero, hame respondido el prusiano guiñando el ojo y marchándose.

»Al cabo de un cuarto de hora ha estado de regreso, y plantándose ante mí con la arrogancia de quien ha dado feliz término á una embajada, me ha dicho con acento malicioso:

»—El duque y la duquesa se apearon en la fonda de Buena Vista, en la otra margen del Rin.

»Digo, ¿pues no ha recalcado el camarerito la palabra duquesa, como si hubiese husmeado el por qué de mi viaje y comprendido que al pedirle yo una noticia referente á un hombre quería obtenerla respecto de una mujer?

»—¿Y se encuentran todavía en Colonia? le he preguntado.

»—No, señor.

»—¿Cuándo partieron?

»—Esta mañana; y si han permanecido en esta ciudad más tiempo, es porque aguardaban la llegada de un ayuda de cámara que se les ha extraviado durante el trayecto.

»—¿Para dónde han salido?

»—Para Hanóver.

»—¿Quién le ha comunicado á usted esas noticias?

»—Una conocida mía, camarera de la fonda, respondió el mozo haciendo otro guiño.

»—¿Y por qué se ha ido usted desde luego á tomar informes en la fonda aquella?

»—Porque es la mejor de la ciudad, y en ella se hospedan todos los extranjeros nobles.

»—¿Y esta fonda qué tal es?

»—¡Pché!

»—¿Es usted el dueño?

»—No, señor.

»—Páreceme que no la recomienda usted.

»—Para pasar en ella una noche, aun; pero no más.

»—¿Dice usted lo mismo á todos los viajeros? repuse sin poder dominar la risa.

»—No, señor, no se lo he dicho á nadie más que á usted.

»—¡Hombre! ¿y á qué debo tal preferencia?

»—A que es usted francés.

»—¿Les lleva usted simpatía?

»—Mi padre lo era.

»—¿Y la madre de usted?

»—¿Mi madre? mi madre estaba casada con un alemán.

»Al proferir estas palabras, el camarero ha meneado la cabeza, y se ha echado á reír con ojos, nariz y barbilla, dando con ello á su rostro, arrugado por alegría tan súbita, todas las trazas del sol de los almanaques Laensberg. Luego ha echado hacia atrás la cabeza, se ha envarado y puesto de repente grave, y para darme á entender que, aparte del talento de adivinar ciertas cosas, tenía la habilidad de olvidarlas á tiempo, se ha colocado otra vez á la distancia moral en que el criado debe quedar respecto del amo; así es que ha continuado hablándome como si lo hiciese por vez primera, con los brazos caídos y la mirada fija en un plato vacío.

»—¿Qué desea usted tomar, caballero? me ha preguntado.

»Ahora el camarero tiraba en demasía á lo payaso para que yo no me riera. Sin aguardar mi respuesta, el buen sujeto ha dado media vuelta con la misma formalidad y ha entrado en la repostería contigua al comedor, donde en aquel instante me encontraba completamente solo. Todos los bebedores se habían marchado. Cinco minutos después aquél me ha traído una botella de vino del Rin, una paloma asada y pescado.

»—¿Qué es eso? le he preguntado.

»—La comida de usted.

»—¿Quién le ha dicho á usted que me la sirviera?

»—Nadie; pero á usted pudiera habersele antojado pedir otra cosa, y entonces habría comido mal; lo único bueno que hay aquí es eso.

»De veras que me ha distraído el camarero ese, indudablemente porque no buscaba yo más que un pretexto para reirme un poco. Demás ¿á título de qué estaría triste? Tengo las mejores noticias que desear pudiera, como no podía esperárlas, y tan pronto, al partir. Anita estaba en Colonia esta mañana; luego sólo me llevan doce horas de delantera,

que es nada, ya que aquélla me ha prometido que se tendería por espacio de cuarenta y ocho horas en Berlín ó en Dresde. Lo que me importa es no perder sus huellas hasta allí. El Rin mueve una batahola de cincuenta mil demonios al pie de mi ventana; pero le reto á que me prive de dormir. Me he bebido una botella de vino del Mosela, que expenden aquí por vino del Rin, pero que no por esto es menos malo. Antójaseme ahora que soy un viajero como los demás. ¡Ah! ¡La materia! ¡cuán pronta está siempre á recobrar su dominio! Decididamente el hombre no ha nacido para el dolor, y cuando somos jóvenes y robustos y gozamos de buena salud, cada brisa que pasa se lleva un poco de nuestra tristeza, tan sedienta de esperanza y de bienestar está nuestra organización humana.

«Estas atinadas reflexiones no las haría yo de no tener buenas noticias y una botella de vino del Rin en la cabeza.»

La carta siguiente era casi ilegible y estaba escrita con lápiz en hojas arrancadas de una cartera.

XX

«Ya no espero, ya no río; bailo con tanta más soltura cuando estoy solo en el vagón desde el cual te escribo, lo que te explica la forma inverosímil de los caracteres, que el traqueo del tren me priva de trazar de una manera correcta. Pero tengo interés en remitirte la presente tan buen punto hayamos llegado á la primera estación. Ella, Anita, está ahí, en el tren, detrás de mí, en otro vagón, con el duque. Por fortuna mi amada ni siquiera sospecha que estemos tan cerca el uno del otro, y digo por fortuna, porque aquélla, de estar al tanto, cometería alguna imprudencia, y ahora es cuando se necesita más destreza. Al verla, de pronto me ha parecido que se me volcaba el cerebro; luego he temido morirme de gozo y de pasmo. El tren se ha detenido en la estación de Minden para cambiar de línea, y me dispongo á subir de nuevo á mi sitio, cuando al dirigir maquinalmente una mirada á los viajeros que toman el tren en esta estación, veo nada menos que al duque meterse en un vagón en el que ya está sentada su mujer. Me restrego los ojos, palidezco, me encasqueto la gorra hasta la nariz, subo el cuello de mi capote hasta la gorra para ocultar mi

semblante y no ser conocido, y paso por delante del vagón. Sí, son ellos, el duque y Anita; la pobre, pálida, silenciosa, enflaquecida, con el velo echado sobre el rostro y vestida de negro, está recostada en el rincón del cupé y mira con tristeza la campiña que nos rodea. Anita no se ha fijado en mí. Lo primero que he sentido, al verla, han sido unos grandes impulsos de gritar: «¡Aquí estoy!» pero valga que he podido refrenarme. ¡No va á quedar poco admirada cuando me vea! ¡Qué gozo va á sentir! ¡Pobrecita! ¡Cuánto la amo! Pero ¿cómo es que se encuentra ahí? Habrá estado enferma y se habrá detenido en Minden. Ya ves que cumple su promesa de retardar el viaje cuanto puede. En fin, he dado con ella, y quien nos separe será muy diestro. Voy á convertirme en su sombra. ¡Ah! la amo, y ella me ama y está dispuesta á arrostrarlo todo por mí, como yo por ella. ¡Qué dichoso soy! Apuesto que el duque cree que está de mí á cien leguas de distancia. Ahí cerca, cerquita de mí alienta mi Anita, me digo á cada instante; y aun paréceme que estas palabras las he puesto en música. Hay momentos en que me veo obligado á hacer un grande esfuerzo sobre mí mismo para no arrojarme por la portezuela. Ya he sentido este efecto curioso. Así en las grandes alegrías como en los grandes dolores, el vacío, esto es, la nada, nos atrae el cuerpo, quebrantado por la sacudida de nuestro espíritu; y será que lo débil de nuestra naturaleza se niega á soportar por mucho tiempo la exageración de nuestras facultades afectivas, y, desde entonces, nos asalta una vaga necesidad de buscar la solución y el reposo en una sensación desconocida, por más que esta sensación sea un sufrimiento. ¡Cómo no estás tú también aquí! Debieras haberme acompañado; me ayudarías á sobrellevar este gozo y me serían de mucha utilidad tus consejos. La distancia física que en este instante me separa de la duquesa, puede decirse que es nula; de estirar yo el brazo, casi casi la tocaría; pero la distancia moral es inconmensurable. ¿Cómo voy á arreglarme para borrarla? Hace una hora todo mi anhelo lo cifraba en verla por un instante, y ahora que la he visto ya no me satisface el ver cumplido aquel deseo; y es que éste crece al llenarlo. Lo que hay, es que es preciso de todo punto que Anita no vaya más allá de Hanóver, pues de perderla nuevamente de vista no habría remedio para mí. Ya he resuelto lo que debo hacer. Hasta la noche no

me daré á conocer á la duquesa, en la fonda, pues me hospedaré en la que el duque se hospede, y es seguro que ella hallará modo de hacerme saber algo. ¡No sería bueno que nos vieses entrar en tu casa á las veinticuatro horas de haber llegado á tus manos la presente! ¡Y que no es imposible! Por mi parte estoy decidido á todo por llevarmela, aun cuando debiese interponerme en el camino del duque é impedirle que siguiese adelante. Quizás esto sería lo más sencillo y lo mejor. Se me ha acabado el papel, de lo contrario, tengo para mí que te escribiría sin interrupción. Si aciertas á leer estos garrapatos, puedes darte por satisfecho. En recompensa, al llegar á Hanóver te escribiré con pluma. Un abrazo.»

«Hanóver.

»Anita me ha visto; me he deslizado al través de la multitud y le he tocado un hombro. ¡Cómo me latía el corazón! pero no he podido resistir; no me ha sido posible permanecer junto á ella sin hacer que lo advirtiera. Al conocerme, la duquesa ha dado un grito, y, lo juraría, se hubiera arrojado á mis brazos á no haberme yo llevado un dedo á la boca y vuéltome de espaldas para que el duque no se diese cata de mi presencia. No, el duque no me ha visto; sin embargo, ha vuelto la cabeza. Por lo que pudiera tronar, llevaba yo en la mano un papel en el que de antemano había escrito lo siguiente: «Me hospedo en la fonda de la Unión, y me pasearé alrededor de la en que usted va á hospedarse, hasta que me haya arrojado una carta por la ventana.» Me he acercado nuevamente á Anita y le he deslizado en la mano el transcrito billete. La duquesa se hospeda en la fonda de Roma; yo en la de la Unión, frontera de aquélla. A poco he salido de la fonda y he empezado á rondar en torno de la de Anita. No habían transcurrido aún cinco minutos, cuando se ha abierto una ventana del piso primero, y á ella se ha asomado la duquesa, que ha procurado conocerme en medio de la obscuridad.

»—Soy yo, he dicho.

»Al mismo tiempo ha caído á mis pies una moneda envuelta en un papel, é inmediatamente se ha cerrado la ventana.

»Yo me he vuelto á la fonda para leer la carta de la duquesa; dice así:

«¡Ah! es usted ¡estoy salvada! ¡Qué dichosa soy y qué bueno es Dios, y qué profundamente le agradezco á usted que me haya seguido! De usted seré, se lo juro. Pero aquí no podemos intentar nada, pues espían todos mis actos. Ya es algo el que tengamos la certeza de estar el uno cerca del otro. Sólo vivo desde que le he visto á usted. ¿Quién dijera que una sola mirada puede llenarnos de gozo el alma hasta hacerla rebosar?... El duque se vuelve un poco más confiado, como lo prueba el que no hace quitar de mi cuarto plumas y papel, como ha hecho hasta Colonia, pero todavía no permite que se me acerque criado alguno. Paciencia, amor mío, y Dios nos ayudará. Ignoro adónde vamos; lo único que sé es que partimos en el primer tren de mañana. Infórmese usted de la hora en que sale aquél, pues yo no estoy enterada, y parta usted al mismo tiempo que nosotros y no nos pierda de vista, pero sobre todo cuidando de que no le conozcan á usted. Aun cuando debiese caer realmente enferma, permaneceré en la primera gran ciudad á que lleguemos, hasta que le vea á usted en ella. El duque no sospecha que esté usted sobre nuestras huellas; con todo, escóndase usted y no se deje ver para nada. Dentro de tres días estaremos reunidos. Déjeme usted hacer á mí; me sobra la serenidad. Paréceme ahora que ya empiezo á resignarme á este viaje. Domingo se llevó para mi prima, que me secunda, una carta para mi padre, que puede llegar á París de un día al otro. Ameme usted y respondo de todo. Hase desplomado sobre nosotros una desventura, es cierto; mas en vez de lamentarnos, hay que combatirla por la astucia, ya que somos los menos fuertes. No puedo vivir sin usted, no tengo que decírselo; quépale á usted, pues, la certidumbre de que antes moriré que no estaré separada de usted por largo tiempo.»

»He aquí las noticias, mi querido amigo; no son tan propicias como yo hubiera creído en mi primer arranque de alegría; pero valen más que las primeras que te di. El primer tren parte á las siete de la mañana; luego Anita permanecerá en esta ciudad hasta dicha hora. Voy á escribirle una extensa carta haciéndole recomendaciones, dándole consejos y explicándole el plan que debemos seguir para que podamos reunirnos cuanto antes. Quizá tenga razón mi amiga: no hay que precipitarnos, sino tener paciencia. ¡Vaya con la palabrita esta! ¡bien me habrá servido! Hasta mañana.»

Por lo que se ve, todo marchaba en popa para nuestro héroe; y yo creía que la próxima carta me traería aún mejores noticias, cuando recibí las líneas siguientes:

«¡Todo está perdido! Necesito veros á todos vosotros, á quienes amo. Pocas horas después de haber llegado la presente á tus manos, estaré en París. Como hubiese tren, partiría sin demora.

»JAIME.»

¿Qué había pasado? La carta que dejó transcrita la recibí por la mañana, y por la tarde me encaminé á la estación del Norte para recibir á Jaime. ¡Qué candidez la mía! Jaime no pareció, pero el tren que debía haberle conducido me trajo carta de él: esta:

«Vas á tenerme por un cobarde; no sólo no he partido para París, sino que me encuentro en Dresde, adonde acabo de llegar, y lo peor es que estoy satisfecho de encontrarme en ella. Me produzco á mí mismo el efecto de un hombre sometido á una hidroterapia moral. Paso de la alegría al dolor, de la transpiración á la frialdad, sin transición alguna. No sé cómo puedo resistirlo. Con todo, te aseguro que mi ánimo era regresar á París; pero ¿qué quieres? entre mi resolución y la salida del tren para esa había cuatro horas de distancia, lo cual era tentador en grado sumo; por fortuna no he resistido. Hasta aquí no entenderás palabra de la presente, porque ignoras lo que ha pasado. Según el duque, la partida debía efectuarse en el primer tren que saliera después de su llegada á Hanóver, esto es, á las siete de la mañana, como ya te dije. Yo, que pasé parte de la noche escribiendo á la duquesa, acabé por dormirme al calor de esas pesadas estufas alemanas destinadas á hacer morir de apoplejía á este pueblo á quien la humedad ha hecho ya nacer medio escrofuloso. Mi sueño duró unas dos horas, y al despertarme, á las cinco, ya clareaba. Cerré mi carta, me salí, y empecé á rondar al pie de las ventanas de la fonda de Roma para ver cómo me era dable hacer llegar mi contestación á su destino. «Anita, dije entre mí, debe estar al acecho, y pronto va á dejarse ver tras las cortinas de una de las ventanas de su cuarto.» De las cuales, como puedes suponer, no desviaba yo los ojos; pero á no tardar noté que las cortinas estaban levantadas como si en la habitación no hubiese persona alguna. En torno de mí reinaba un silencio

de muerte, y el edificio aquel parecióme aún más silencioso que el silencio que me rodeaba. No se veía alma viviente por las calles de la ciudad, que es de aspecto lúgubre, aumentado en aquella hora por un cielo color de estopa y una lluvia menuda y cernida. «Sin embargo, dije para mis adentros, no puede ser que la duquesa no esté ahí; quizás esté durmiendo. Mejor, ya debía necesitarlo.» Yo me paseaba de un extremo al otro de la fachada de la fonda, ojo avizor y oído atento, pero en vano. La hora de la partida iba acercándose, y hasta mí llegaban los ronquidos de la locomotora, á la que estaban despertando á fuerza de llenar de fuego su hogar. Ya algunos viajeros parecían acá y allá por las calles, y aun de la fonda de Roma habían salido dos ó tres individuos; pero en las habitaciones de la duquesa no daban señal de vida. Quizás aquella había hecho retardar la salida hasta el segundo tren para darme tiempo de contestarle y hacer por verme. Era muy posible. Con todo eso, ya empezaba yo á no tenerlas todas conmigo. En esto sonaron las siete menos cuarto, y, por consiguiente, era preciso de todo punto que yo supiese á qué atenerme. Me sentía mal, tiritaba de frío; me encontraba en ese estado físico y moral en que el cuerpo sólo aguarda un pretexto para estar enfermo y en que el corazón no desea más que sufrir. Me volví á mi fonda, llamé al camarero de guardia y le mandé en busca de noticias.

«—Las personas por las cuales me ha mandado usted á preguntar, han partido, me dijo el camarero al regresar cinco minutos después.

«—¡Cómo! exclamé, ¡es imposible! todavía está ahí el tren.

«—Sí, pero han partido en tren especial, pedido por el señor duque.

«—¿Cuándo?

«—Esta madrugada, á las tres.

«—¿Y para dónde han partido?

«—Me han dicho que no lo sabían.

«—Por poco me caigo de espaldas.

«—Está bien, dije al camarero, puede usted marcharse.

«—Cuando estuve solo, no pude menos de arrojarle boca abajo sobre la cama y echarme á sollozar como un niño, mientras me golpeaba el cráneo y me mesaba los cabellos. ¡Ah! no era únicamente la desesperación lo que sentía, sino

la cólera llegada al punto culminante á que la lleva la imposibilidad de satisfacerla, la inacción forzosa.

»Después de dar alcance á aquel hombre y de haber tocado, por decirlo así, la mano de su mujer; después de tener la seguridad de que ya no perdería á ésta más de vista, me veía nuevamente separado de ella; el duque se llevaba á su esposa, no como hasta entonces hiciera, valiéndose de los medios ordinarios, sino duplicando la facultad del vapor, triplicando el valor del tiempo, y dejándome á mí ignorante del lugar adonde iba. ¡Ah! el duque era un gran señor que se labraba carriles de oro al ver que los de hierro no le conducían con rapidez bastante; y yo estaba condenado á la inacción, pues me era imposible entablar con él una lucha de rapidez. ¡Cómo me avergoncé ante mí mismo al calcular los escasos recursos de que me fuera dable disponer! No sólo me vi desgraciado, más también ridículo. Cada minuto interponía entre nosotros una legua más de distancia, ¡Cómo debía reírse de mí el duque en aquel momento! Es indudable que me conoció al apearme en la estación, la víspera, y que resolvió acabar de una vez. Y, en efecto, lo había conseguido. Al que me hubiese hecho alcanzar el tren que se llevaba á Anita y héchome dueño de aquel hombre por espacio de una hora, le habría sacrificado mi honra, mi sangre, mi vida, todo. ¿Y Anita? ¡Ay! Anita no me ama, no; de lo contrario no habría partido. ¿Me era permitido poner fe en su juramento? ¿No estaba yo palpando ya la prueba de su debilidad? ¿De haberme amado, de haber su amor tenido la energía de un amor verdadero, se hubiera dejado arrebatarse de París? ¿No habría hallado mil maneras de quedarse en ella? Le bastaba con haberse propuesto formalmente no salir de la capital. Se hubiera agarrado á las puertas de su dormitorio, á los barrotes de la escalera; se habría dejado arrastrar por la calle antes que dar un paso, se habría dejado matar antes que consentir. Pero no, tuvo miedo; y esta noche, sabiendo como sabía que yo estaba cerca de ella, al ver que íbamos á vernos separados para siempre jamás, ¿por qué no ha gritado? ¿por qué no me ha pedido auxilio? ¿por qué no ha atropellado por todo? Yo habría impedido entonces su partida, ya que no pude haberlo en París. ¡Ah! ella misma me había dicho, la primera vez que la vi, que su fuerza radicaba en los demás. ¡Y yo, que para seguirla lo he abandonado todo, madre, amigos,

trabajo, continuaría este viaje ridículo! ¿Para qué? Por otra parte ¿adónde encaminarme? ¿dónde están? ¿en qué punto se detendrá Anita? ¡Qué necio fui al apegarme á esa mujer á quien tenía bastante corazón para amarla, pero no suficiente dinero para seguirla! La ineptitud más humillante es la que obedece á la falta de recursos. Yo me sentí inferior al duque en lo que forma las verdaderas jerarquías sociales, y no obstante ser más joven, más digno, más amado y más fuerte que él, veíame obligado á reconocerle una fuerza contra la cual yo nada podía: el dinero. Entonces se desprendieron de mis ojos las lágrimas del orgullo vencido, y con los ojos fijos en el mapa seguía con terror la línea encarnada que indicaba la vía férrea, que va á perderse en Polonia, en la frontera de la cual iba á estrellarse como hasta allá me fuese, porque ahora nada se opondría á que el duque condujese á su mujer á Rusia, al otro extremo del mundo, si tal se le antojaba. ¿Y cómo entrar yo en ese santo imperio de Europa, cuya muralla política es quizá más difícil de atravesar que la de China? ¡Y yo iría á exponer mi porvenir, mi existencia, la vida de los que me aman, en persecución de un imposible! ¡No! Pues todavía es tiempo, obraré cuerdamente. Regresaré á Francia, y si Anita me ama hallará modo de regresar también á ella. He hecho cuanto he podido. Respecto de mi resolución, te escribí la carta que debe de haber llegado á tus manos. Interín, el tren de las siete había partido, y me veía obligado á aguardar cuatro horas para yo, á mi vez, ponerme en marcha, cuatro horas que me parecían iban á ser eternas y para matar las cuales me paseé por la ciudad, desierta y triste como la muerte. La lluvia no había cesado ni un instante. Lleno del sentimiento de mi soledad y de mi abandono, tenía mi pensamiento puesto en París, en los que en ella me están guardando, en mi madre y en mi juventud, y evocaba uno á uno todos mis recuerdos de ventura para contraponerlos á la aflicción presente; mas ¡ay! parecían participar de mi tristeza. Luego, á cada instante y al través de aquellas imágenes y de aquellos pensamientos, se me presentaba en la mente y parecía sonreírme aún, el pálido rostro de la duquesa, tal cual yo lo viera la víspera. Entonces se apoderaba de mí una emoción distinta, y sólo se desprendían de mis ojos lágrimas silenciosas, sin encono y sin reproche, cual las hubiera derramado de haber tenido que

pedir perdón para algo á aquella pobre mujer que tanto había sufrido desde su partida, que por todos los medios posibles me probó que me amaba, que aun iba á sufrir más, y cuyo páldio semblante se iluminara con un rayo de gozo al verme.

»Mi injusto resentimiento iba fundiéndose poco á poco al influjo de aquellas nuevas lágrimas. Y en definitiva, ¿me cabía el derecho de echarle en cara á Anita su debilidad? Era mujer, y de no haber sido débil no se me hubiera entregado. Como ahora no ha sucumbido más que á una fuerza superior á su voluntad. ¡Ah! estoy desesperado y la maldeciría; pero quizá la pobre no sabía que al partir esta madrugada lo hacía en un tren especial. No, de fijo que no lo sabía; cuando lo ha advertido era ya demasiado tarde. ¿Puedo, de buena fe, exigir que una mujer luche contra el fuego y el hierro? ¿Por qué, ya que ella me dijo que vigilara su partida, no prevé lo que podía sobrevenir? Si ha partido sin oponer resistencia es porque creía que yo iba en pos de ella. Lo que yo debía haber hecho, era pasar la noche ojo avizor y no entregarme en brazos de la confianza y esperar. Si Anita se detiene en Dresde ó en Berlín, y en Berlín ó en Dresde me aguarda, como me ha prometido y no dejará de hacerlo al ver que ha sido víctima de una astucia, ¿qué pensará, qué dirá al no verme? Dirá que yo no la amo, que no he sido constante; y tendrá razón. Cuando ella sepa que he regresado á París después que me ha dado nuevas seguridades de su amor, me despreciará, porque sobre haberla perdido y ser causa de cuanto la está pasando, mi valor se habrá parado á la mitad del camino hasta cuyo extremo le juré llegar. Yo, á lo menos, soy libre, y puedo llorar y sufrir á mis anchas, y soy hombre; pero ella... ella debe ocultar sus lágrimas á sus criados y á su marido... ¿Y en tales circunstancias yo la abandonaré? ¿No debo luchar hasta el fin? Por otra parte, ¿qué puedo hacer sino seguirla? ¿Dónde, sino en su camino, están mi pensamiento, mi razón y mi vida? ¿Regresar á París, donde hallaría nuevamente los aun palpitanes recuerdos de mi reciente ventura, donde todo me diría que ella me ama, que sufre lejos de mí y que debo reunirme á ella á toda costa! ¡Cómo! ¿me espanto y me desespero al ver la nueva distancia que nos separa, y yo aumentaría voluntariamente esa distancia? ¿Regresar á París! Me moriría de zozobra

en ella ó volvería á ponerme en camino al día siguiente. Por otra parte, le prometí llegar hasta Berlín ó hasta Dresde, y ella me juró no ir más allá; debo, pues, cumplir mi promesa, que tiempo quedará para despreciarla y abandonarla si ella no cumple la suya. Estoy decidido. Le daré esta última prueba de confianza y amor, y si no la encuentro en ninguna de aquellas dos ciudades, por la vida de mi madre juro que al punto me vuelvo á París. Pero ¿por qué he dejado escapar el tren de las siete? ahora ya me encontraría más cerca de ella.

»Estas son, mi querido amigo, las diferentes impresiones por que he pasado en el espacio de cuatro horas; luego he partido para Dresde, desde donde te escribo. Mentiría si te dijese que el viaje desde Hanóver hasta aquí ha sido alegre, pues me llevaban y traían dolorosas intermitencias de esperanza y de duda, y ésta en primer término, cuando he llegado á la fonda de Francia, donde Anita me recomendó que me hospedara. Esta última tentativa no la miraba yo más que como un descargo dado á la conciencia de mi amor, tanto más cuanto partí para Dresde á todo evento, porque lo mismo podía haberse el duque dirigido á esta ciudad que á Berlín. Mi abatimiento era completo. Esta mañana, y apenas acababan de repartirlo, he pedido maquinalmente el diario para enterarme del nombre de los viajeros recién llegados, y en la cabeza de la lista he leído el del duque y el de la duquesa, que se han apeado en la fonda de Sajonia. De tal suerte me había conmovido en Hanóver, que ahora la noticia no me ha causado toda la alegría que era del caso, si bien me la ha causado honda y verdadera. La he mirado un si es no es como una compensación á mi dolor de la víspera y como justa recompensa á mi aliento y á mi obstinación. Luego no he querido apresurarme á dar entrada á la esperanza, para sufrir menos si me veía en el caso de desesperar otra vez. He salido, pues, de la fonda, casi preparado á una nueva decepción, y ni siquiera he preguntado dónde estaba la fonda de Sajonia, sino que yo mismo la he buscado á través de la ciudad, que me es completamente desconocida. Por lo demás, aun cuando me hubiese hecho dar las señas de ella, ¿cómo hubiera retenido yo en la memoria los nombres alemanes de las calles que me habrían designado, no conociendo, como no conozco, más que algunas docenas de vocablos

de este idioma? Tampoco he querido que me acompañaran, pues no me sabía mal andar un poco al acaso, y fiar en éste, porque maldito si mi espíritu, abatido por tantas sacudidas, sustentaba siquiera la idea de buscar una combinación y trazar un plan. Así, pues, he echado á andar con las manos en los bolsillos, y cada vez que he visto una calle espaciosa me he metido por ella.

»Hay en Dresde un campanario que domina la ciudad, campanario cuyo reloj mueve una zambra inaguantable cada vez que da la hora, lo cual efectúa con todas las notas de sus campanas, desde la mayor á la campanilla. Pues bien, me he guiado por el sonido de ese reloj, y á poco me he encontrado en una extensa plaza cuadrada, en medio de la cual he visto una gran casa en cuyo piso primero hay un rótulo que en letras muy gordas dice: *Fonda de Sajonia*. Dicha fonda forma la esquina de la plaza y de una calle cuyo nombre ignoro, y por la cual me he estado paseando inútilmente desde las siete de la mañana hasta mediodía. En verdad te digo que ha habido instantes en que se me ha olvidado por qué estaba yo allí y qué hacía. Para no llamar la atención, pues es grande el tránsito por aquella calle, como también por la plaza, me he puesto á mirar los escaparates de las tiendas de estampas y de las librerías, y aunque no miraba más que para entretenerme, en aquellos escaparates hay cosas que he visto casi á pesar mío, y que cada vez que las veré en otra parte, llamarán y agruparán en torno de sí, como un cuadro viviente, á Dresde, Anita, mi viaje, sus causas, sus todavía para mí no sabidos resultados, mis pensamientos de hoy y la escena que luego te referiré; sin contar que el arte tiene tal poder, que, en ciertos casos, salva los órganos intermediarios sin pedirles su concurso, y penetra por la fuerza en el alma, en la que se refleja de una manera intensísima. Así es que, no obstante mi preocupación, por un instante me he quedado completamente absorto en la contemplación de un grabado que representa las tres Marías apoyadas una en otra y caminando en demanda del sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo. Parece que dicho grabado es copia de un cuadro de Landelle. Una de las tres mujeres, lo que no ha contribuido poco á impresionarme, se parecía extraordinariamente á la hermosa prima de la duquesa. No sé qué valor puede tener el cuadro de Landelle desde el punto de vista del colorido,

pues no lo he visto; pero en divagación triste á la vez que consoladora, en sentimiento cristiano, es una de las mejores composiciones que conozco. La vista de aquella estampa me ha causado una impresión gratísima, de veras. La religión del Cristo, que tiene una esperanza para cada dolor, un bálsamo para cada herida y un perdón para cada culpa, en todas partes nos es propicio hallarla, pues siempre nos enriquece el alma. Ante aquella imagen, por un momento me he olvidado de mis emociones, y, movido de un sentimiento de gratitud para con el arte, heme dicho que si me sobrevenia un gran quebranto, en él era donde debía yo buscar un consuelo; porque soy artista, y quizá le olvide en demasía de algún tiempo á esta parte. Con todo eso, otra imagen debía arrancarme pronto y de improviso de mis reflexiones artísticas y de mis contemplaciones religiosas, y he atravesado otra vez la calle, con la mirada fija en una ventana cuyas cortinas acababan de levantarlas y detrás de los cristales de la cual he visto una figura blanca, inmóvil como una estatua, y que á su vez parecía no apartar de mí los ojos. Era Anita, más pálida que nunca la viera, y en traje de noche. Al verla, me he encaminado en derechura á ella, como atraído por aquella blanca visión cuyo rostro, á proporción que iba acortándose la distancia que de ella me separaba, se animaba de una sonrisa melancólica y suave. ¡Ay! la pobre parecía estar sufriendo cruelmente. Cuando no me separaron de la fonda más que algunos pasos, Anita abrió la ventana, y sin dársele un ardite de los transeuntes y del efecto que semejante acción podía producir en mitad del día, tendió el brazo y me tiró una carta, que en mi admiración dejé caer sobre la acera. Cuando me levanté, la duquesa ya había cerrado la ventana y corrido las cortinas. Dos ó tres transeuntes, para quienes era indudablemente inusitado aquel sistema de correspondencia, se han detenido para mirarme; pero como en tales casos conviene ser audaz, he fingido no verles, y abriendo la carta he echado á andar leyéndola. La carta de Anita dice así:

«¡Está usted en Dresde! ¡Alabado sea Dios! Veo que no ha dudado usted de mí. ¡Qué turbación debe usted haber sentido en Hanóver al saber mi partida, que ni yo misma pude sospechar cinco minutos antes! Tranquílicese usted, no saldré, no puedo salir de Dresde tan pronto como eso,

»pues he conseguido ponerme enferma, más, quizá, que no era menester. Pero no importa, está usted cerca de mí, y eso es lo que yo quería. Cuanto puedo hacer es arrastrarme hasta la ventana para tirarle á usted esta carta. Vuélvase usted á la fonda y haga porque le vean lo menos posible, y aliénteme usted escribiéndome que me ama mucho. Hoy, á media noche, acuda usted al pie de mi ventana, y al vibrar la última campanada hará llegar, por medio de un hilo de seda una carta á manos de usted. Hasta que definitivamente nos hayamos reunido, nos corresponderemos de esta suerte. Interin, sepa usted que tocamos ya resueltamente al fin de nuestro viaje. Nada será capaz á arrancarme de aquí, se lo juro á usted. Hasta la noche.»

»Y yo te digo á ti hasta mañana, mi querido amigo; hoy me es imposible continuar, pues estoy abrumado de fatiga y necesito de descanso. ¿Cómo voy á matar el tiempo hasta la noche? Me echaré sobre la cama y veré de conciliar el sueño. Paréceme que tengo calentura. Sólo me faltaría enfermar.

»Escribeme á Dresde, fonda de Francia, donde permaneceré algunos días. Para mayor precaución, envíame el dinero que te encargué cobraras por mi cuenta, y dame noticias de París.»

La carta siguiente de mi amigo contenía el relato de los acontecimientos que habían precedido y determinado la partida de la duquesa, acontecimientos hasta entonces ignorados de Jaime, y que Anita se apresuró á darle á conocer tan pronto se halló en disposición de escribirle extensamente.

Antes de que esta última carta llegara á mis manos, vino á verme Domingo, á quien interrogué sobre aquellos mismos acontecimientos, que ahora me eran conocidos como si de ellos hubiese sido testigo presencial.

Hay que confesar que el duque jugó con destreza. Éste, al volver de la Zarzuela, donde nos pareció que la duquesa estaba completamente tranquila, manifestó deseos de cenar con su mujer, y los dos se sentaron en la mesa, servidos por Domingo, que sabía lo que iba á pasar. Los demás criados, á quienes el duque mandó que se retiraran, no sospechaban lo más mínimo las intenciones de su amo; ni siquiera Fanny las conocía.

Como se ve, Domingo había sido discreto.

A la una de la madrugada se detuvo una silla de posta á la puerta del palacio. Entonces el duque, que al parecer no aguardaba más que aquella señal, dijo á su mujer que podía volverse á su dormitorio, lo que hizo aquella sin el menor presentimiento de lo que la esperaba. El duque siguió á su mujer, que quedó más que medianamente admirada de tal paso, y después de tomar asiento, invitó á aquella á que le imitase.

—Mi querida Anita, dijo el duque, tenemos que hablar de un asunto formal.

—¿Esta noche? profirió la duquesa.

—Esta noche.

—¿Y no podríamos aplazarlo hasta mañana?

—Es imposible, como va á juzgarlo usted por sí misma.

Entonces el duque, sin más preámbulos, declaró á su mujer que á la puerta de su casa estaba aguardando una silla de posta para llevárselos á ambos. El tono con que su marido le comunicó la noticia, hizo comprender á Anita el lazo en que la hiciera caer la conducta que de algún tiempo á aquella parte el duque guardara para con ella y que tanta confianza la inspirara. Sí, la duquesa vió claramente que la situación iba á ser decisiva para el uno y para el otro, y resolvió no buscar ninguna escapatoria, sino jugar con las cartas descubiertas, obrar sin rebozo, irse en derecha al bulto, acabar de una vez.

—¿Luego se propone usted hacerme salir de París? exclamó Anita levantándose.

—Sí, señora.

—¿Esta misma noche?

—Esta noche.

—¿Por qué?

—Porque así me place.

—Pues á mí no me place, caballero.

—Poco importa; soy el marido de usted y debe usted seguirme.

—¡Usted mi marido! profirió la duquesa con acento el más altanero y despreciativo; ¿y de cuándo acá es usted mi marido?

—Desde que casé con usted. Ea, decídase usted, no tenemos tiempo que perder.

—Ya le he dicho á usted que no me muevo.

—¿Es esta la última resolución de usted, señora?

—Sí.

El duque se acercó á la chimenea en que estaba reclinada su mujer, que retrocedió en la creencia de que aquél se disponía á obtener por la fuerza el cumplimiento de sus propósitos.

—Nada tema usted, señora, repuso el duque, no quiero tocarla á usted; otras manos que las mías se encargarán de cumplir tan dura necesidad.

—¡Otras manos que las de usted! ¿Y qué manos son esas?

—Las de la ley, ó más bien, las de sus agentes.

—No le comprendo á usted, caballero.

—Pues es muy sencillo. Como he previsto la resistencia que iba usted á oponerme, me he abocado con el presidente del tribunal, quien ha dictado el auto este, profirió el duque desdoblado un papel sellado, auto que me autoriza, en caso de negarse usted á seguirme, á requerir la fuerza pública, y que me deja libre la elección de llevármela á usted conmigo ó de hacerla conducir á usted á la prisión.

—¿Conque va usted á mandar por la policía?

—Es excusado; ya está aquí.

—¿Que está aquí!

—Sí, señora, en mi casa, con un comisario que no aguarda más que mi aviso para presentarse.

—¿Y usted ha cometido tamaña infamia?

—Sí, señora.

—Es imposible.

El duque llamó, y á poco se presentó Domingo.

—Que entre la persona que está aguardando ahí fuera, dijo el duque al criado.

—¿Sola? preguntó Domingo.

—Sola.

La duquesa, para quien era ya imposible toda duda, empezó á derramar lágrimas de cólera, pero de cólera ineficaz, y paseándose atropelladamente por su dormitorio, repetía:

—¡Infamia! ¡infamia!

En esto se oyeron pasos en el salón.

—Ahí está la persona á quien he mandado buscar, dijo el duque. Todavía es tiempo; ¿será preciso que entre?

—Sí, estoy decidida á todo, repuso Anita enjugándose los ojos é irguiendo la frente.

—¿Ya sabe usted bien lo que hace?

—Sí; y pues usted lo quiere, probaré ante ese testigo que no puedo seguirle á usted.

—¿Y eso?

—Diré la verdad.

—¿Qué verdad?

—Por muy denodado que sea usted en todo lo que atañe á la deshonra, hay cosas que usted no puede aceptar, á menos de ser un miserable.

—¿Y qué cosas son esas?

—Que entre ese hombre y lo sabrá usted.

—Quizá sería más provechoso que usted me las dijera desde luego; esto evitaría á usted la molestia de echar mano de recursos tanto más humillantes para usted cuanto serán del todo ineficaces.

—No lo creo.

—Sé muchas cosas que usted cree que yo las ignoro.

—¿También sabe usted que le odio?

—Hace mucho tiempo.

—¿Que le desprecio?

—También lo sé.

—¿Que amo... á otro hombre?

—Que por desgracia no está presente para defenderla á usted.

—¿Que ese hombre es mi amante? continuó la duquesa, cuya exaltación, alimentada por la impasibilidad del duque, la llevó hasta el punto de arrancarle una declaración hasta entonces inaudita en boca de una mujer como ella.

—También sé esto, señora.

—Entonces sólo le falta á usted saber una cosa.

—Diga usted.

La duquesa titubeó por un instante; y es que bajo el peso de la última tentativa de su amor, sintió sublevarse, por decirlo así, el pudor y la dignidad. Fuéle menester, indudablemente, el recuerdo del juramento que hiciera á Jaime, la convicción de que su libertad pendía de su confesión completa, para que se decidiese á hacerla, aún á un hombre á quien despreciaba y que estaba interesado en callarse.

—¿Quiere usted saberlo? profirió Anita, dando de esta suerte un postrer paso atrás para proporcionar á su adversario la ocasión de imitarla, ó para tomar ella su arranque definitivo.

—Quiero, respondió el duque con voz sosegada.

—Pues bien, caballero, repuso la duquesa cerrando instintivamente los ojos como quien se precipita en una sima de la que no ve el fondo; pues bien, estoy en cinta; y ya comprenderá usted que ante un hecho tal, deben quedar rotas, entre nosotros, toda clase de relaciones.

—Por desgracia se opone á ello una dificultad, señora.

—¿Cuál?

—Que no la creo á usted.

—¿Que no me cree usted! exclamó Anita con espanto.

—No, señora.

La duquesa retrocedió ante aquella sosegada negativa, que le evidenciaba la implacable voluntad del duque.

Anita, que había disparado el último dardo, estaba moralmente desarmada, en tanto su enemigo permanecía en pie ante ella, tan invulnerable como al principio, pero más fuerte.

—¿Y usted cree que yo me atrevería á decir lo que he dicho si no fuese verdad? replicó la duquesa haciendo el postrer esfuerzo.

—¿Cómo se atrevería usted á decirlo si lo fuera? añadió el duque con gesto de bondad y de perdón. En el estado en que usted se encuentra, diría usted cualquier cosa con tal de conseguir su libertad. Ha echado usted mano de este recurso y nada más; pero nada ha conseguido. Partamos.

—¿Y si el tiempo abona mis palabras?

—Esto ya será distinto.

—¿Qué hará usted entonces?

—Nada sé todavía.

—¿Me dejará usted libre?

—Quizá.

—A menos que sea usted capaz de aceptar ese hijo...

—Sería lo mejor.

—O matarle.

—Eso me atañe á mí.

Ante aquella irónica impasibilidad, Anita, atendido su carácter franco, debía tarde ó temprano recobrar su condición de mujer, esto es, pedir á su endebles los recursos que le negara su mentida fuerza, rogar después de haber insultado, llorar tras haberse valido de la amenaza, y acabar, en fin, tras inútiles lágrimas y resistencias más inútiles toda-

vía, con la poca energía, con el escaso valor y con la mezquina resolución que le quedaban.

En esto llamaron suavemente á la puerta.

—¡No! ¡no! exclamó la duquesa rompiendo en sollozos, dejándose caer en un sofá y ocultando el rostro en las manos, ¡no, no partiré!

El duque abrió la puerta y dijo con toda tranquilidad al jefe de policía:

—Le dejo á usted con la señora, caballero; vea de hacerla entrar en razón lo más pronto posible.

Cuando Anita estuvo á solas con el agente de la ley, levantó la cabeza y le preguntó enjugándose los ojos:

—¿Qué quieren de mí?

Es indudable que el comisario hubiera preferido arrestar á un ladrón ó á un homicida, que no servir contra aquella hermosa joven, de noble estirpe y de corazón levantado, que con voz entrecortada por las lágrimas y llena de temor le preguntaba qué querían de ella.

Sin descender á las causas de la escena que se estaba desenvolviendo en casa del duque, el comisario empezó á tranquilizar á Anita, y luego le leyó el auto expedido por el presidente del tribunal, haciéndole comprender el texto y la voluntad formal é indiscutible de la ley. Se esforzó en traerla á la razón con acento tan paternal como le fué posible, aunque no dejando de hacerla ver la imposibilidad en que, en pro de ella misma, se hallaba de oponer la más leve resistencia, ya que de lo contrario él se vería en el duro trance de emplear los medios más rigurosos si el duque le conminaba que acabase de una vez. Entonces, con la voz y el candor de un niño que cree enternecer á su maestro confesándole sin ambages la verdad, la duquesa se lo refirió todo al comisario, y le rogó que la protegiera y que evitara su partida. Además, díjole que amaba á Jaime y deseaba verle por vez postrera; hizo patente su dolor más que no acusó á su marido; solicitó que la dejase permanecer en París hasta el día siguiente; habló de su padre, que iba á llegar cuanto antes; prometió á aquel agente de la ley, que nada podía sobre el particular, entrar en un convento, retirarse del mundo, *ser muy buena*, si le consentían nada más que veinticuatro horas de libertad; profirió las palabras más conmovedoras, enclavijó las manos, é hizo, en fin, todas las sublimes extravagancias propias de la mujer que no piensa

más que en su amor, y á la cual quieren separarla de su amante.

El comisario escuchó con toda paciencia, y aun se conmovió, y en su fuero interno dió, quizá, la sinrazón al hombre á quien la ley le obligaba á prestar su apoyo; pero paciencia, emoción y conciencia, todo era inútil: no cabía más que obedecer. Cuanto le era dable al comisario, era aconsejar, ayudar, consolar á aquella mujer á quien tenía el encargo de hacer partir, y llegar al resultado por la persuasión y no por la fuerza. Por un instante el agente de la ley pudo creer que había triunfado, pues la duquesa cayó en un estado de postración que tenía todas las apariencias de un consentimiento tácito.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! profería de vez en cuando Anita con voz entrecortada por los sollozos; palabras que son las primeras que formula el dolor humano y que por sí solas constituyen una invocación y son una esperanza.

—Ea, señora, repuso el comisario después de un silencio de algunos minutos, ¿voy á comunicar al señor duque que está usted dispuesta á partir?

—¿Pero adónde me conducen, caballero?

—Lo ignoro, señora.

—¿Pero no comprende usted que no pueden separarme de mi padre? ¿que es preciso que éste, al llegar, sepa dónde estoy?

—Lo sabrá. El señor duque me ha dejado una carta para él, y se la entregaré en cuanto llegue.

—¿Me lo promete usted, caballero?

—Es mi deber el hacerlo. Vamos á ver, ¿puedo comunicarle al duque que está usted dispuesta á partir?

—Sí, señor.

—Gracias, señora, gracias de todas veras, pues habría sido para mí muy doloroso el haber tenido que emplear el rigor.

El comisario se salió del dormitorio para avisar al duque, dejando sola á Anita, que aprovechó esta circunstancia para arrancar una hoja de la carterita en que anotaba sus visitas, y dió á Jaime, en medio de un mar de silenciosas lágrimas, la última y única prueba de amor que en aquel instante podía darle, escribiendo estas palabras llenas de resignación, de amargura y de súplica: «Parto, parto usted también.» Luego dobló aquel pedazo de papel, lo lle-

vó á los labios, y apoderándose improvisamente de su ánimo la esperanza de que antes de ponerse en camino tendría tiempo de advertir á su amante, y de que éste podría partir al par que ella, abrió por su propia mano la puerta del salón donde el comisario estaba hablando con el duque para anunciarle el consentimiento de su esposa y rogarle, sin duda, que la tratase con un poco más de dulzura.

Fanny, de quien Domingo había ido á despedirse al mismo tiempo que á hacerla sabedora de lo que ocurría, estaba llorando hilo á hilo en un rincón de la sala, con motivo de haberle dicho al duque, que sabía cuán devota de su ama era la doncella, que no les acompañaría.

Al ver á la duquesa, Fanny voló á su encuentro, y le besó las manos, á cuya demostración correspondió aquella con un abrazo, al tiempo que le deslizaba el pedazo de papel que acababa de escribir, y le decía en voz baja:

—Para él sin perder minuto.

Interin, el duque había tomado un abrigo y se disponía á echarlo sobre los hombros de su mujer, que no consintiendo que su marido la tocase, lo tomó y se abrigó por sí misma.

Al pasar marido y mujer por el comedor, dos individuos que, envueltos en sendos capotes, estaban sentados en un rincón de aquél, se levantaron respetuosamente.

Anita adivinó que aquellos eran los agentes llamados á intervenir en caso de resistencia por su parte, y cruzó apresuradamente la pieza, con los ojos fijos en el suelo y encendidas de vergüenza las mejillas.

Era indudable que el duque hiciera quedar á aquellos dos hombres allí, por donde tenía que pasar forzosamente Anita, para quitar á ésta todo deseo de rebelarse nuevamente.

El duque y la duquesa, después de habérseles acercado el comisario para decirles algunas palabras, descendieron á la calle, el primero en pos de la segunda. Un transeunte, que salía del baile tarareando, se detuvo un rato para presenciar aquella partida nocturna; luego anudó su camino y su interrumpida canción, sin sospechar que aquella mujer que partía hubiera dado la mitad de su fortuna y diez años de su existencia por una hora de libertad.

Anita lanzó una mirada de desesperación á la calle de Rívoli, donde con tanta frecuencia viera á Jaime aguardar

el momento de la cita de cada noche, y en la que ahora no estaba, y dejándose luego caer sobre el respaldo del tintero, cerró los ojos para no ver y se comprimó la frente para no pensar.

El duque se sentó junto á su mujer; el comisario, que debía acompañarles hasta las puertas de la ciudad, se acomodó al vidrio, y Domingo se subió al pescante.

XXI

En el instante en que partía la silla de postas, sonaron las tres. Jaime estaba durmiendo.

Como mi mismo amigo me dijera al final de la carta cuyos pormenores, unidos á los que Domingo me proporcionara, me han permitido hacer el precedente relato, la duquesa había hecho, en aquellas últimas circunstancias, lo que ninguna otra mujer de su clase se habría atrevido á hacer. A menos de entablar una lucha física, degradante, inútil, con agentes de policía, era imposible mostrarse más enérgica y llevar más allá la fidelidad á las promesas de su corazón. Era preciso amar como ella amaba para resolverse á tales extremos. Hay palabras que una mujer del orden de la duquesa no proferiría ni aun para salvarse de la muerte; y no obstante aquélla las había vertido para salvar su amor y marcar así en la frente y con un hierro encandecido, una situación que, para el duque, podía aún haber permanecido dudosa. Con todo eso, como el escándalo había quedado entre ella y su esposo, era preferible, para el que fué causa de aquel rapto premeditado, que todo hubiese ocurrido de tal suerte. Escribí, pues, en este sentido á Jaime, guardándome muy mucho de sermonearle, aunque sí recomendándole que no hiciese degenerar en tentativas inútiles y ridículas un acontecimiento que hasta entonces conservaba cierta poesía dramática.

La duquesa estaba realmente enferma, y los médicos llamados á cuidarla habían estado unánimes en declarar que no podía proseguir el viaje. ¿Qué había hecho la duquesa para enfermar hasta aquel extremo? Jaime lo ignoraba, pues aquélla no quiso declararlo. Lo que sí es cierto, es que Anita padecía grandemente; pero poco importaba; cumplía su juramento de quedarse en Dresde, estaba cerca de su

amado, correspondía con él todas las noches, le veía por un instante y cruzaban algunas palabras. No se necesitaba más para hacerle olvidar un dolor físico muy inferior para ella al dolor moral de verse separada de Jaime.

«Me voy acostumbrando á mi nueva existencia, me decía éste en una de sus cartas, y ni me acuerdo ya de si he vivido de otra manera. ¡Qué poder tienen sobre nuestra mente los hábitos y las necesidades de nuestra imaginación! Si, verbigracia, cuando Carlota no pudo lograr de mí que fuese á pasar algunos días con ella en Bagnères, me hubiesen dicho que andando el tiempo yo seguiría á una mujer sin saber adonde me conduce, que me detendría en una ciudad en la cual no conozco á persona alguna, que me encerraría en un cuarto de una fonda y pasaría en él el día leyendo, trabajando, escribiendo ó contemplando desde la ventana á los transeuntes; que sólo saldría á media noche para ir á buscar una carta pendiente de un hilo y llevármela luego como el ladrón se lleva el oro que acaba de robar, como el mendigo que perece de hambre estrecha entre sus ateridos dedos la moneda de cobre que acaban de darle; que emplearía la mayor parte de la noche en leer y releer aquella carta, y que cifraría yo en aquel trozo de papel cotidiano todas las exigencias de mi juventud, de mis sentidos y de mi corazón, habría tratado de loco al que semejante predicción me hubiese hecho. Y, sin embargo, tal es actualmente mi vida, y nunca he sido tan dichoso, indudablemente porque hace algunos días tenía por el más infeliz de los hombres y no me atrevía á esperar ni la centésima parte de ventura de que gozo.

»Mi historia va tomando todos los caracteres de una novela. Al verme salir á una hora en que ya se ha recogido el viajero más trasnochador, en la fonda deben de creer que conspiro. Entonces, y al través de estas espaciosas y solitarias calles me encamino á la fonda de Sajonia, ante la cual me paseo hasta que suena la media noche, y cuando da el reloj la última campanada, que vibra en el aire como una nota de acero, ábrese la ventana del cuarto de la duquesa, y desciende el misterioso hilo de seda, sin que siquiera me sea dado ver la mano que lo desarrolla, pues el cuarto está completamente á oscuras y ella va vestida de negro para confundirse con las sombras de la noche. Verdad que no lejos de la ventana hay un farol que debería vendernos; pero